

# LA PLATERÍA EN LAS PRIMERAS EXPOSICIONES PÚBLICAS DE LA INDUSTRIA ESPAÑOLA

## SILVERWARE IN THE FIRST PUBLIC EXHIBITIONS OF THE SPANISH INDUSTRY

### Resumen

Las manifestaciones vinculadas a la platería y la joyería tuvieron una discreta representación en las exposiciones públicas de la industria española. Su presencia, en muchos casos, se limitó a orfebres de Madrid y Barcelona, aunque en alguna ocasión también participaron maestros de la filigrana de Salamanca. Se analiza el papel desempeñado por estos orfebres y talleres en el ámbito de estos certámenes, así como las opiniones que generaron sus trabajos y los premios que recibieron.

### Palabras clave

España, Exposiciones de la Industria, Joyería, Platería, Siglo XIX.

### Manuel Pérez Sánchez

Universidad de Murcia, España

Profesor del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Murcia. IP del Grupo de Investigación Artes Suntuarias y Director del Ceartum. Línea principal de investigación las artes decorativas, textiles y platería principalmente.

ISSN 2254-7037

Fecha de recepción: 03/V/2022  
Fecha de revisión: 22/V/2022  
Fecha de aceptación: 26/V/2022  
Fecha de publicación: 30/X/2023

### Abstract

The manifestations linked to silverware and jewellery had a discreet representation in the public exhibitions of the Spanish industry. Their presence, in many cases, was limited to goldsmiths from Madrid and Barcelona, although on occasion masters of filigree from Salamanca also participated. The role played by these goldsmiths and workshops in the field of these contests is analyzed, as well as the opinions generated by their work and the prizes with which they were distinguished.

### Key words

19th Century, Industry Exhibitions, Jewellery, Silverware, Spain.

Código ORCID: 0000-0003-3669-1600

DOI: <http://dx.doi.org/10.30827/quiroga.v0i22.0012>

## LA PLATERÍA EN LAS PRIMERAS EXPOSICIONES PÚBLICAS DE LA INDUSTRIA ESPAÑOLA

### 1. LAS EXPOSICIONES PÚBLICAS DE LA INDUSTRIA ESPAÑOLA

**E**n el contexto de un país devastado y sumido en la pobreza<sup>1</sup>, inmerso en un sistema absolutista represor que ya iba siendo consciente de la imposibilidad de recuperar los viejos virreinos americanos, nacen las exposiciones públicas de la industria española, en los años centrales de la llamada década ominosa<sup>2</sup>. Su promotor fue el ilustrado y ministro de Hacienda de Fernando VII, Luis López Ballesteros, aunque, evidentemente, en nombre de un rey al que la propaganda política del momento lo convirtió en paladín del inicio del proceso de modernización de España y de la incorporación de esta al sistema de progreso que tales certámenes generaban, conforme a lo que ya estaba sucediendo en el resto de países civilizados, caso de Francia, cuyos esquemas fueron lo que aquí se emularon o, mejor dicho, copiaron.

No obstante, el interés del monarca hacia estos eventos fue nulo. Baste recordar la conocida anécdota narrada por Mesoneros Romanos, al respecto del desprecio y desinterés que Fernando VII mostró en todo momento a estas

manifestaciones, pues como expresó en su visita a la primera exposición, la de 1827, y en la que no llegó a estar más de cinco minutos, todo lo expuesto le pareció “cosas femeninas”<sup>3</sup>.

La apatía del soberano, que en ocasiones fue compensada por el entusiasmo que sí mostraron otros miembros de la familia real<sup>4</sup>, no fue, sin embargo, obstáculo para que estos primeros certámenes pudieran celebrarse en un ambiente muy receptivo, ya que la sociedad madrileña acogió esta novedad con admiración, lo que se tradujo en una asistencia de público considerable.

El carácter anual que se quiso dar a estas exposiciones muy pronto mudó a trienal por las propias limitaciones del país y los escasos avances que se fueron advirtiendo en los establecimientos fabriles, incapaces de sorprender con avances y novedades de relevancia de manera periódica. El escenario escogido para estas muestras fue el Real Conservatorio de Artes de Madrid, al menos para las cuatro primeras exposiciones que se llevaron a cabo: 1827, 1828, 1831 y 1843. Esa institución de la calle del Turco se convertiría, desde su fundación en 1824, gracias también a la iniciativa de López Balleste-

ros, en el centro de las inquietudes científicas y técnicas de la España del primer tercio del siglo XIX<sup>5</sup>. Ciertamente, detrás de la génesis de estas exposiciones estuvo la preocupación por el atraso industrial del país, su escasa capacidad de innovación y el ánimo de estimular el progreso de las artes industriales, dando a conocer y recompensando de manera pública, con honores y distinciones, los adelantos y esfuerzos que determinadas fábricas y artífices realizaban. Y para que la exhibición de sus trabajos se convirtiera en incentivo para los restantes de su ramo. En definitiva, debían de ser el espejo que reflejara todo el potencial creativo y tecnológico español, al tiempo que lugar de encuentro e intercambio científico e inmejorable ocasión para que España pudiera exaltar los logros que se iban alcanzando con la asimilación y aplicación de los inventos que llegaban desde las naciones más desarrolladas.

Platería y joyería, así como otras actividades directamente relacionadas con ellas, estuvieron presentes desde el primer momento. Al igual que en otros sectores, se vio la necesidad y obligación de alentar esta importante actividad con el fin de frenar la masiva entrada de las elaboraciones extranjeras, que eran las que gozaban de mayor crédito y reputación entre la sociedad española. Este objetivo no era tampoco nada nuevo. La necesidad de modernización de la orfebrería española preocupaba desde mucho tiempo atrás y los intentos por impulsar estas artes con el fin de que los productos españoles pudieran competir con los que se recibían de más allá de nuestras fronteras, particularmente de Francia, Inglaterra o Italia, ya se habían intentado materializar durante el último cuarto del siglo XVIII y primeros años de la centuria siguiente. Entre esas iniciativas de tiempos previos habría que destacar la escuela de dibujo que fundara en Córdoba el obispo Antonio Caballero y Góngora<sup>6</sup>, que de manera muy directa se abrió para formación de los plateros, o la que también impulsó el carde-

nal Lorenzana en el alcázar toledano, donde se reclamó la asistencia de los orfebres de la ciudad imperial<sup>7</sup>. Igualmente, no hay que olvidar otras tentativas interesantes, destinadas a premiar los adelantos en el dibujo que hacían los oficiales plateros que acudían a la Sala de Flores y Ornato de las escuelas gratuitas de nobles artes en la Casa Lonja de Barcelona, a instancias de la Real Junta de Gobierno y Comercio del Principado de Cataluña<sup>8</sup>. O las exposiciones públicas que auspiciaron, a partir de 1820, instituciones como la Sociedad Económica de Amigos de País de Valencia, y, muy especialmente, esa mencionada Junta de Comercio catalana. Y que deben ser estimadas como precedentes de las de carácter nacional, pues como muy bien ha señalado Capel Sáez, en su ánimo estuvo “exhibir los progresos de la actividad industrial frente a la competencia extranjera”<sup>9</sup>.

Por tanto, la presencia de las artes en metales y piedras preciosas en las primeras exposiciones públicas de la industria española es la traslación de aquel espíritu ilustrado, y de sus muchos y enérgicos proyectos, cuyo mayor empeño fue frenar la decadencia de unas artes y una industria nacional que, como afirmaba Pedro Dabout, estaba principalmente motivada “por el poco aprecio que se hace de ellas, y por consecuencia de los que la ejercen”. Sin distinciones, sin reconocimientos institucionales “pierde el apego a su profesión, y a muy lejos de perfeccionarse en el arte, le desampara en aquel mismo instante que coadyuvaría más eficazmente a sus progresos”<sup>10</sup>.

## 2. LA EXPOSICIÓN DE 1827

Fue la primera de todas y permaneció abierta durante dos meses, junio y julio. Los resultados, según la memoria final del evento, fueron bastante limitados por la premura de la propia convocatoria, que impidió el concurso de un alto número de participantes, especialmente los de zonas más alejadas de la corte. Ello obligó

incluso a rebajar las exigencias que la Junta de Calificación había impuesto para optar a distinciones y premios, acomodándolas a la medianía de los productos y objetos recibidos en las salas del Real Conservatorio de Artes<sup>11</sup>.

Que la convocatoria no despertó el entusiasmo de artistas y manufactureros de la nación, al menos no entre los dedicados a las artes del metal, da buena prueba lo corto, más bien exiguo, de la representación de los integrantes de esa industria. De hecho, la sección VI, en la que se incluyeron las elaboraciones de estos artifices, “no ofreció gran interés, tanto por su poca variedad cuanto porque muchos no pasan de meros ensayos”. La embajada de los orfebres españoles estuvo limitada a la presencia de la fábrica de Martínez, dirigida entonces por el yerno del antiguo propietario, Pablo Cabrero<sup>12</sup>, y a la del artífice barcelonés, Narciso Soler.

La gran manufactura madrileña, que mereció una medalla plata<sup>13</sup>, aportó un importante número de trabajos, destacando, entre los realizados en el material argénteo: platos hechos con troquel y decoración estampada, así como por dos escribanías monumentales. Igualmente, las crónicas alabaron sus piezas de bronce ejecutadas según un método llegado desde el extranjero, entre las que se encontraban un reloj de sobremesa en forma de canastillo sostenido por dos genios “correspondiente al estilo del día” y diferentes floreros y maceteros. La extraordinaria calidad de estas últimas, atisbaban: “concebir esperanzas de que algún día nos veremos libres del tributo que por estos artículos pagamos a los extranjeros”. Por otra parte, y elocuente testimonio de la actualización de su producción, llamaron poderosamente la atención las piezas de alabastro que se presentaban por primera vez al público y que estaban realizadas con piedras procedentes de diferentes canteras del reino<sup>14</sup>.

Menos suerte tuvo el catalán, a pesar de que en su tierra sí había sido merecedor de varias

distinciones en certámenes locales previos<sup>15</sup>, pues, aunque ofreció una singular obra, concretada en un crucifijo de plata con guarnición de oro, plata y esmalte, que alcanzó una valoración económica ajustada a los 4.000 reales —una de las más altas de toda la exposición— y algunos camafeos y joyas en coral y nácar, su obra pasó por completa desapercibida, sin merecer comentario o premio alguno. No obstante, el rey, que quedó entusiasmado por los trabajos del catalán, le concedió, una vez finalizado el evento, la dispensa de poder ubicar sobre la entrada de su obrador y fábrica de joyería de Barcelona las armas reales<sup>16</sup>.

Tampoco las obras de plata o en metales plateados quedaron restringidas exclusivamente al concurso de los de ese oficio. Otros profesionales del metal también mostraron algunos trabajos que incorporaban el valioso metal. Así, la también catalana casa Balmes y Compañía<sup>17</sup>, fabricantes de quincalla, exhibieron, además de un buen muestrario de botonaduras de plata, una custodia de cobre dorada al fuego con adornos de serafines y guarniciones de plata y una benditera de cobre con similar exorno, ambas piezas realizadas a cincel. Otro quincallero, Juan Bautista Garrigues, radicado en la calle del Carmen de Madrid, optó por ofrecer trabajos en la invención moderna de plaqué, que se concretaron en dos faroles para carretela que alternaban la chapas en oro y plata. Solo los primeros, por la importancia de su industria para el ejército y por lo ajustado de sus precios, obtuvieron la anhelada distinción, que en este caso se concretó en una medalla de plata<sup>18</sup>.

### 3. LA EXPOSICIÓN DE 1828

Cuando se decretó su convocatoria quedó establecido que la inauguración tendría lugar el día de San Fernando, onomástica del soberano, prologándose hasta el 8 de julio siguiente. Sin embargo, la ausencia del rey de Madrid el día de su santo, al encontrarse de viaje por Cataluña,

obligó a desplazar la inauguración hasta el 1 de julio, clausurándose en la festividad de la Asunción de la Virgen.

Nuevamente, la sección VI abarcó las artes del metal, entre las que, obviamente, se incluyeron los objetos del arte de la orfebrería, figurando entre los mismos una nutrida representación que ya no se limitó a las labores de artífices o fábricas de Madrid o Barcelona. Territorios más periféricos, como Salamanca, también constataron su presencia, en este caso a través de su característica filigrana y de la mano de Jaime Franquera, platero y filigranista honorario de Fernando VII<sup>19</sup>. Peinetas, azafates y abanicos, ejecutados en esa técnica y presentados bajo formas caprichosas, recibieron encendidos elogios de los miembros de la Junta que incluso reseñaron su capacidad de haber logrado que en París hubiera curiosidad por esta fabricación patria<sup>20</sup>.

Los trabajos de la familia Pecul Crespo, tanto los de Luis, platero bronceista de la Real Casa<sup>21</sup>, como los de Francisco, su joven y malogrado hijo, recibieron elogiosas críticas por la calidad de las dos lámparas de bronce corladas con soldaduras de su invención, que fueron galardonadas con la medalla de plata, así como por la extraordinaria calidad y belleza del juego de espigas de bronce que presentó el vástago. A este último se le auguró un brillante porvenir, otorgándosele como estímulo a su carrera una mención honorífica.

El resto de la delegación madrileña quedó integrada por Celestino Espinosa, el tasador de plata de la Real Casa<sup>22</sup>, quien concurrió en colaboración con el diamantista Casabona, ofreciendo entre ambos un buen surtido de sus trabajos en oro y esmaltes, entre los que se encontraban seis veneras de la orden de Santiago, una placa de la orden de San Genaro y cinco brazaletes. Formando también parte de ese grupo de plateros de la corte el artífice Pedro Gómez de

Velasco<sup>23</sup>, que logró una mención honorífica por una custodia de plata guarnecida de pedrería.

Los catalanes Narciso Soler y Ramón Bosch alcanzaron también su recompensa. El primero, de quien la prensa de entonces destacó la belleza del escaparate en el que presentó su producción, fue premiado con la medalla de oro por sus desvelos en el arte de la joyería. De hecho, sus continuas mejoras en ese campo estaban obteniendo los frutos “de evitar la grande introducción de artículos de platería y joyería que viene de países extranjeros”. El segundo, que con el tiempo llegaría a tener un relevante papel en la política municipal de Barcelona<sup>24</sup>, fue distinguido con una mención honorífica por una custodia de latón dorada en la que había logrado diferentes matices oro a través de técnicas de su inventiva.

#### 4. LA EXPOSICIÓN DE 1831

En esta ocasión sí pudo ser inaugurada en la onomástica del monarca, concluyendo la exhibición el 8 de julio. Las visitas del público se establecieron en un horario que abarcaba desde las nueve de la mañana a las dos de la tarde. Y fue la primera en la que se instauró un estricto protocolo en relación al decoro de la indumentaria de los asistentes, pues quedaron prohibidas capas y gabanes, palos y bastones o el poder permanecer cubierto durante el recorrido de las salas. Igualmente, hubo obligación de que tanto eclesiásticos como militares acudieran con sus respectivos hábitos y uniformes<sup>25</sup>.

En lo relativo a las artes de los metales preciosos fue la exposición que menos participantes congregó, tal vez porque el propio interés de la Junta organizadora incentivó la presencia de la industria del hierro por su importancia e interés para el Estado<sup>26</sup>.

La presencia de plateros, que se agruparon en la sala grande del Real Conservatorio de Artes,

estuvo limitada a la persona de Jaime Franquera y a la de su discípulo Francisco Cañón<sup>27</sup>, siendo recompensados ambos con medalla de plata y bronce respectivamente<sup>28</sup>. Nuevamente se alabaron los avances que el taller del salmantino hacía en el campo de la filigrana, llegando desde allí un abanico, una petaca, una peineta, dos azafates y una cesta. Los trabajos que Cañón presentó, igualmente de plata afiligranada, fueron más numerosos —“han llamado generalmente la atención del público” — abarcando cinturones, pulseras, collares y pendientes<sup>29</sup>.

## 5. LA EXPOSICIÓN DE 1841

Tras un largo paréntesis, la exposición volvió a ser convocada por decreto del Regente del Reino de 12 de julio de 1841. La finalización de la convulsa situación de los años previos, poco proclives para celebraciones y certámenes, generó el ambiente adecuado para la restauración del evento, que va experimentar algunos cambios cruciales en lo relativo a su organización y reglamento. Entre las muchas cuestiones que se regularon, la más interesante fue, seguramente, el estricto control sobre los productos que concurrieran, fundamentalmente las pautas que se establecieron para combatir la repetición y los abusos, pues solo se admitió una pieza por tipología y clase con el fin de evitar la monotonía y, especialmente, que la exposición se convirtiera en un simple mercado. También variaron las fechas. Siguiendo la tradición, la onomástica de la reina, 19 de noviembre, se consideró la fecha propicia para abrir las salas, que volverían a clausurarse el 20 del mes siguiente<sup>30</sup>. Otro cambio fundamental fue que la sección VI se reservó exclusivamente para los objetos de oro, plata y pedrería, quedando los productos realizados por las industrias metalúrgicas, dado su extraordinario auge y crecimiento, reunidos en una sección diferente.

El resultado de lo expuesto por los orfebres y plateros españoles no pudo ser más satisfacto-

rio. La propia Junta celebró los muchos progresos y avances que ese arte había experimentado en los últimos tiempos, resaltado el camino del gusto y la finura que comenzaba a recorrer. La representación del oficio quedó cubierta por la presencia de algunos de los nombres más sobresalientes de la platería y joyería isabelina, destacando el concurso de Narciso Práxedes Soria, el diamantista de cámara<sup>31</sup>; Francisco Moratilla<sup>32</sup>; José Pujol<sup>33</sup>; Gaspar Iraburo y Fagondo y, el ya usual a esta muestra, Jaime Franquera. Todos obtuvieron extraordinarios elogios y, salvo el barcelonés Pujol, alcanzaron el laurel de la preciada medalla.

Soria, Moratilla y Pujol presentaron, como obra más espectacular, un ostensorio. La del primero respondía a un trabajo en plata sobredorada con adornos de topacios rosas y diamantes, ofreciendo un viril elaborado en cristal de roca, destacando por “su buena composición y corrección en el dibujo”. La pieza respondía al orden gótico y articulaba la superficie de la base con cuatro medallones en los que aparecían representadas las escenas de la Encarnación, Cena de Emaús y la Ascensión<sup>34</sup>.

La custodia de Moratilla, sin embargo, fue ponderada por lo acertado de su decoración, al incluir atributos del Sacramento en el pie, así como por la espectacular gloria de ángeles que sostenían el viril, mostrado en el centro de un gran golpe de ráfagas doradas.

De plata y bronce fue la del catalán, destacándose por su viril prismático, que proponía una utilísima novedad al responder a una “base triangular y de la forma globosa que resulta de la acumulación de las ráfagas salientes por las tres caras”.

Junto a la pieza litúrgica, tanto Soria como Moratilla hicieron llegar trabajos de índole civil. El diamantista asombró por la perfecta ejecución de una joya para adorno de la cabeza de oro y

diamantes que se articulaba bajo la forma de un bouquet que podía dividirse, a su vez, en cinco ramitas florales con la ventaja que eso suponía de poder colocarse sueltas de manera independiente “género de trabajo que está poco generalizado entre nosotros, y por su ejecución puede con los de la misma clase que vienen del extranjero”. Esta pieza se acompañó de un par de pendientes de dibujo chinesco, un arillo en forma de pájaro y de un alfiler de brillantes y rubíes con motivos de trofeos militares. Más parca fue la contribución en ese campo de Moratilla, que se limitó a un juego de cubiertos, cuchara y tenedor de oro y cuchillo con el mango de plata, que gustaron por la particularidad y gracia del adorno grabado que incorporaban.

El filigranista salmantino volvió a recibir los parabienes acostumbrados a la vista del cofrecito de filigrana de plata que exhibió, reiterándose lo codiciadas que se habían convertido sus obras en el extranjero<sup>35</sup>.

Y, por último, hay que destacar la irrupción en este certamen de la figura de Gaspar Iraburo<sup>36</sup>, un distinguido orfebre esmaltador, que recibió las más encendidas alabanzas a tenor de lo importante que era para la nación esa singular técnica del esmalte “por la dependencia en que nos hallamos del extranjero en este ramo de la industria tan atrasada entre nosotros”. Su trabajo se materializó en una placa de la orden de Isabel la Católica que fue muy estimada por los miembros de la junta calificadora por su excelente dibujo y la finura en la aplicación del esmaltado.

## 6. LA EXPOSICIÓN DE 1845

Aunque inicialmente se pensó que tuviera como escenario el Real Conservatorio de Artes, la alta expectación que generó y el resultado de afluencia de un alto número de expositores, obligó a desplazar su ubicación al convento de la Trinidad. Tal mudanza fue muy aplaudida, no solo

por el emplazamiento más céntrico, sino porque los espacios del claustro y las holgadas salas conventuales podían dar mejor acogida, con más dignidad, al concurso de industrias y público.

La convocatoria de esta exposición, que debía haberse celebrado el año anterior pero que fue retrasada por real orden de 11 de mayo de 1844, fue emitida el 8 de febrero, fijándose su apertura para el 1 de septiembre y su cierre el 10 de octubre. A diferencia de las anteriores, la proclama de su celebración fue recogida por todos los boletines oficiales de las provincias, ofreciendo la novedad, por deseo expreso de la reina, de que el Tesoro asumiría el coste de los portes de los productos que llegaran desde fuera de Madrid con el fin de que manufacturas e industrias de toda España pudiera estar representadas<sup>37</sup>. Y esas mejoras tuvieron sus frutos. De hecho, que las cosas estaban cambiando y que las manufacturas españolas comenzaban a despertar cierto interés más allá de los Pirineos fue la presencia de una delegación francesa, encabezada por el célebre economista Adolphe Blanqui, del Instituto Real de Francia, a instancias de ese gobierno, para el estudio de los progresos industriales que estaba experimentando el vecino país. Ciertamente, y a ojos de los miembros de la junta calificadora, España estaba saliendo de su letargo<sup>38</sup>.

Si bien es cierto que la concurrencia de manufacturas e industrias aumentó considerablemente en ramos como el del textil, la relojería o la fabricación de instrumentos musicales, en lo relativo a las artes de la orfebrería la representación no alcanzó una cuantía superior a la de pasadas ediciones. En efecto, al igual que en esas, la muestra de esta actividad quedó limitada a la presencia de artífices de Madrid y Barcelona, pues en esta ocasión ni siquiera los filigranistas de Salamanca comparecieron.

El triunfo en esta sección lo acaparó la fábrica de Martínez, que seguía bajo la dirección de

Pablo Cabrera. Así, se puso de manifiesto, tanto los avances que se experimentaba en este establecimiento con las piezas elaboradas en las invenciones de plaqué y al galvanismo, como la calidad del mineral de plata que utilizaba para su provisión, procedente de Sierra de Almagrera, aprovechando los ricos filones que en 1838 se redescubrieron en este paraje almeriense de Cuevas de Almanzora<sup>39</sup>. Sin embargo, no todo fueron parabienes. En el dictamen final de la comisión se advirtió que de poco valían los esfuerzos de esta fábrica por incorporar los adelantos de la ciencia si los productos resultantes seguían teniendo un coste tan elevado, lo que indiscutiblemente repercutía en que los españoles optaran por objetos similares procedentes del extranjero en vez de adquirir los de producción nacional<sup>40</sup>. De entre las numerosas alhajas de oro y plata que la prestigiosa factoría remitió, la prensa del momento destacó un juego de lavamanos con el jarro en figura de águila y la jofaina simulando un nido; un juego de café y una sopera grande de forma oval con pie giratorio.

También recibieron pertinentes elogios los diamantistas madrileños, Vicente Soria y Mariano Julián de Arana y Asolo. El primero, sobrino de Narciso Práxedes Soria y con establecimiento propio en la calle Carretas<sup>41</sup>, fue agasajado por el aderezo “muy lindo” guarnecido con diamantes rosas que presentó, valorado en más de 20.000 reales, y del que por fortuna hay constancia visual gracias al grabado que del mismo publicó el *Semanario Pintoresco Español*<sup>42</sup>. Aunque fue el segundo, domiciliado en la calle del Príncipe<sup>43</sup>, quien más sorprendió por sus cubiertos dorados por el método eléctrico de la pila y, muy especialmente, por la figura de español antiguo, realizada en latón y plata, sosteniendo una medalla de cobre con motivos alegóricos, que también mereció su correspondiente grabado en el medio impreso que fundara Mesonero Romanos unos años antes<sup>44</sup>.

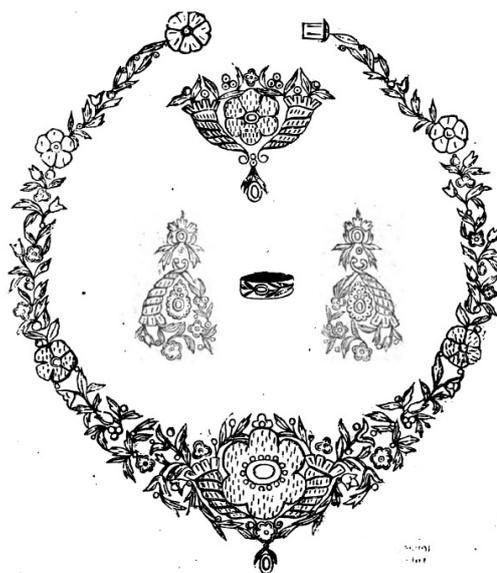


Fig. 1. Anónimo. Joyas presentadas a la exposición de 1845 por don Víctor Soria. Xilografía. 1845. *Semanario Pintoresco Español*: 13 de julio de 1845, pág. 223.



(Figura presentada por el Sr. Arana en la Exposición.)

Fig. 2. Anónimo. Figura presentada por el señor Arana en la exposición. Xilografía. 1845. *Semanario Pintoresco Español*: 13 de julio de 1845, pág. 224.

La habitual delegación catalana estuvo restringida a la persona del prestigioso joyero y diamantista barcelonés, Pedro Soler y Perich, quien años más tarde participaría con sus trabajos en la sección española de la Exposición Universal de París de 1867<sup>45</sup>. Más de 160 obras presentó el catalán<sup>46</sup>, “y todas son de un gusto exquisito, y de una riqueza prodigiosa”, considerándose que su habilidad e invención sobresalían, de manera muy particular, en el terreno de las condecoraciones, tal como avalaron la cruz de comendador de la orden de Santiago, de oro y esmalte, y la placa de la orden de San Hermenegildo, toda de oro con engaste de diamantes.

A la cita tampoco faltó Gaspar Iraburo, que acudió con un amplio muestrario de su fábrica de condecoraciones militares, todo elaborado en oro y esmaltes, incluyendo dentro del mismo veneras de las órdenes de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa; cruces de caballero de Isabel la Católica y de San Fernando; cruces de damas nobles de María Luisa; medallas de los tribunales supremos y un gran toisón de oro que alcanzó una valoración superior a los 1.800 reales, mereciendo las oportunas alabanzas que le condujeron a conquistar la medalla de bronce<sup>47</sup>.

Aunque ajenos estrictamente a la profesión, las invenciones de Pelegrín Estrada para el dorado y plateado de objetos de metal tuvieron muy buen recibo<sup>48</sup>. Si bien los mayores aplausos fueron los dirigidos a los exquisitos trabajos presentados por el armero Eusebio Zuloaga<sup>49</sup>, que acaba de obtener, un año antes, los honores de arcabucero real. Sus labores de damasquinado en oro y plata en las piezas presentadas, concretamente el estuche con decoraciones al gusto del siglo XVI que contenía una escopeta de un tiro, un cuchillo de monte y una serie de piezas auxiliares y que se valoró en más de 60.000 reales merecieron la medalla de plata. Y no solo eso. La propia reina adquirió el mencionado estuche, lo que supuso que algunos de sus elementos merecieran la atención de la prensa

ilustrada del momento que lo publicitó con sus pertinentes imágenes grabadas<sup>50</sup>.

En opinión de Ramón de la Sagra, uno de los intelectuales más implicados en la organización de esta exposición y en analizar sus resultados, no en balde formó parte de la junta calificadora, los avances en el campo de la orfebrería española solo podrían germinar y consolidarse mientras se perseverara en el camino de la ciencia y el progreso que traían consigo las invenciones del siglo, tal como corroboraban los objetos presentados por la fábrica de Martínez y por Arana, en concreto los de plaqué de oro y de plata y los de dorado galvanoplástico. Todo lo demás era meras complacencias en el lujo, nada útiles para la nación<sup>51</sup>.

## 7. CONCLUSIONES

Ciertamente, y siguiendo nuevamente al referido economista, político y sociólogo isabelino, estas primeras exposiciones de la industria española estuvieron muy lejos de conseguir sus obje-

170

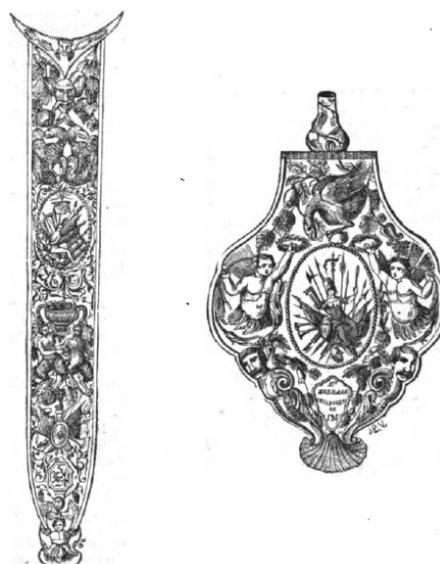


Fig. 3. Anónimo. Vaina de cuchillo de monte y frasco de pólvora presentados por don Eusebio Zuloaga. Xilografía. 1845. *Semanario Pintoresco Español*: 27 de julio de 1845, pág. 237.

tivos. En nada mostraron la realidad de un país, o más bien ofrecieron solo una realidad muy parcial, pues a ellas concurren un número muy limitado de territorios, faltando, en muchas ocasiones, las representaciones de regiones como Galicia, Asturias, el propio Levante o Andalucía, de larga tradición manufacturera. De hecho, teorizó que tales ausencias, incluso las intermitentes presencias, estuvieron motivadas no solo por la pereza y falta de interés de las autoridades provinciales, sino por la propia indiferencia que tales certámenes generaban en aquellos que debían concurrir desde fuera de Madrid, faltos de conciencia sobre el valor y estima de sus trabajos: “la poca importancia que dan los naturales a las sustancias que poseen y a las obras que ejecutan”. En el caso concreto de la orfebrería, en general de todas las artes vinculadas con los metales nobles y valiosos, de la Sagra, apuntó, y como muy buen tino, que para su desarrollo y avance solo era necesaria una cosa, la paz en la nación. España contaba con excelentes manos, una larga y fructífera tradición y unas materias primas extraordinarias, pero los tiempos, durante todas esas décadas atrás, habían sido los más perniciosos para el desarrollo de un arte que requería para su auge

una sociedad próspera, estable y rica. Y el país distaba todavía mucho de alcanzar tales logros. Sin embargo, constataba que los últimos descubrimientos científicos que acontecían en Europa encontraban de inmediato utilidad en esas fábricas y entre los artistas españoles, que los aplicaban rápidamente e incluso experimentaban en métodos y técnicas de mejora, lo que daba pie a la esperanza<sup>52</sup>. La opinión de los franceses contemporáneos, salida de esa referida delegación que llegó a la exposición de 1845, no fue tampoco desencaminada al afirmar: “Si se asegurase por algunos años la paz, que quiera Dios que no se altere, la España marcharía rápidamente hacia un porvenir brillante”. Y al contemplar las riquezas de la orfebrería de tiempos pasados, “inmensa platería que no tiene rival en Europa”, consideraron que para la recuperación de tales artes solo había que empezar por “asemejarse a sí misma y volver a comenzar su pasado”<sup>53</sup>.

La exposición de 1850 sería ya muy diferente y sus ideólogos la encaminaron hacia la modernidad<sup>54</sup>, dejando para siempre atrás el credo que sostuvo a estas primeras, pues España comenzaba a atisbar la senda de su propia Revolución Industrial.

## NOTAS

<sup>1</sup>Este estudio se realiza al amparo del proyecto de investigación PID2020-115154GB-I00 “De la Desamortización a la auto-desamortización: de la fragmentación a la protección y gestión de los bienes muebles de la iglesia católica. Narración desde la periferia”, del Ministerio de Ciencia e Innovación del Gobierno de España.

<sup>2</sup>La ideología, génesis y desarrollo de estas exposiciones, así como las de otros certámenes similares que tienen lugar durante la primera mitad del siglo XIX, cuentan con el exhaustivo estudio de CAPEL SÁEZ, Horacio. “Las exposiciones nacionales y locales en la España del siglo XIX: medio local, redes sociales y difusión de innovaciones”. En: SILVA SUÁREZ, Silva Suárez (Ed.). *Técnica e Ingeniería en España. IV. El Ochocientos: pensamiento, profesiones y sociedad*. Zaragoza: Real Academia de Ingeniería e Institución Fernando el Católico, 2007, págs. 151-213. Tampoco hay que olvidar, fundamentalmente por centrarse en aspectos directamente relacionados con las artes decorativas, el pionero trabajo de LÓPEZ CASTÁN, Ángel. “Las exposiciones públicas de los productos de la Industria Española y las artes decorativas en el Madrid fernandino”. *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte* (Madrid), Vol. 3 (1991), págs. 125-137.

<sup>3</sup>MORRILLO MORALES, Julia. “Enrique Gil ante las exposiciones de la industria”. En: CARRERA Valentín (Ed.). *Enrique Gil y Carrasco y el Romanticismo*. León: Universidad de León, 2015, págs. 373-383.

<sup>4</sup>La prensa recogió, por ejemplo, las numerosas visitas que a las dos primeras exposiciones realizaron el matrimonio formado por el infante don Carlos María Isidro y doña María Francisca de Braganza, acompañados de sus hijos, o el interés de los infantes don Francisco de Paula de Borbón y don Sebastián Gabriel de Borbón y Braganza (*Diario Balear*: 11 de agosto de 1827, pág. 5; *Corre Literario y Mercantil*: 30 de julio de 1828, pág. 1 y nº 10: 4 de agosto de 1828, pág. 1).

<sup>5</sup>Para la historia de este organismo son fundamentales los exhaustivos estudios de RAMÓN TEIJELO Javier. “Aproximación al Real Conservatorio de Artes (1824-1850): precedente institucional de la ingeniería industrial”. *Quaderns d'història de l'enginyeria* (Barcelona), 5 (2002), págs. 45-65; “El Real Conservatorio de Artes (1824-1887), cuerpo facultativo y consultivo auxiliar en el ramo de la industria”. En: SILVA SUÁREZ, Manuel (Coord.). *Técnica e ingeniería en España*. Zaragoza: Real Academia de Ingeniería: Institución Fernando el Católico: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2007, págs. 235-294 y *El Real Conservatorio de Artes (1824-1887): un intento de fomento e innovación industrial en la España del XIX*. Tesis doctoral: Universitat Autònoma de Barcelona, 2012.

<sup>6</sup>Tampoco son desdeñables los intentos para el estímulo del arte de la platería que desarrolló la congregación de San Eloy de Córdoba a partir de 1779, tal como relata el CONDE DE LA VIÑAZA. *Adiciones al diccionario histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes de España de Juan Agustín Ceán Bermúdez*. T. IV, Madrid: Tipografía de los Huérfanos, 1894, pág. 123.

<sup>7</sup>“Resumen de las actas de la Academia de San Fernando desde 14 de julio de 1787 hasta 4 de agosto de 1790”. En: *Distribución de los premios concedidos por el Rey nuestro señor a los discípulos de las nobles artes hecha por la Real Academia de San Fernando en la Junta Pública de 4 de agosto de 1790*. Madrid: Imprenta de la viuda de Ibarra, s.a., pág. 6.

<sup>8</sup>*Continuación de las actas de la Escuela Gratuita de las Nobles Artes erigida con la Real Aprobación en la Casa Lonja de Barcelona a costa de la Real Junta de Gobierno y Comercio del Principado de Cataluña y relación de los premios generales que además de los anuales se distribuyeron entre los alumnos de su escuela en su Junta General el día 15 de noviembre de 1797*. Barcelona: por Francisco Suria y Burgada, s.a., págs. XLVI y XLVIII.

<sup>9</sup>CAPEL SÁEZ, Horacio. “Las exposiciones nacionales y locales en la España del siglo XIX...”. Op. cit., pág. 156.

<sup>10</sup>DABOUT, Pedro Dabout. “Memoria sobre el arte de la Platería, y Ordenanzas para el Colegio de Plateros de Madrid”. En: *Memorias de la Sociedad Económica. Memorias de Oficios*, T. IV. Madrid: por don Antonio de Sancha, 1787, pág. 81.

<sup>11</sup>Un buen relato del impacto que esta primera exposición generó entre los madrileños, que pasaron del desdén a la curiosidad para finalizar acudiendo pletóricos de orgullo nacional en *Diario Balear*: 11 de agosto de 1827, pág. 2.

<sup>12</sup>MARTÍN, Fernando A. “La familia Cabrero Martínez y la evolución de la Fábrica hasta su desaparición”. En: *El aragonés Antonio Martínez y su Fábrica de Platería en Madrid*. Catálogo de Exposición. Madrid: Museo de Historia de Madrid, 2011, págs. 123-160.

<sup>13</sup>Toda la relación de medallas y distinciones de esta exposición en *Mercurio de España*: marzo de 1828, págs. 165-171.

<sup>14</sup>*Memoria de la Junta de Calificación de los productos de la Industria Española remitidos a la exposición pública de 1827 presentada al al Rey Nuestro Señor*. Madrid: Imprenta de D. L. Amarita, 1828, págs. 45-47.

<sup>15</sup>OSSORIO y BERNARD, Manuel. *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*. Madrid: Imprenta a cargo de Ramón Moreno, 1868, pág. 227. De hecho, en 1825, fue merecedor de una medalla de tercer orden otorgada por la Real Junta de Comercio de Cataluña por “varias obras que presentó de su arte de un gusto esquisito e ingeniosa ejecución, en las cuales no era lo que menos atraía la atención el nuevo género de trabajo de los bustos recientemente introducidos en las platerías de esta capital” (*Premios Generales adjudicados por la Real Junta de Comercio de Cataluña en el concurso a qué invito en escrito de 13 de setiembre de 1824*. Barcelona: en la oficina de la viuda de don Agustín Roca, 1825, pág. 26).

<sup>16</sup>*El Correo: periódico literario y mercantil*: 26 de junio de 1829, pág. 4.

<sup>17</sup>Se trataba de una fábrica que ya funcionaba en 1808 y donde se atendía no solo la producción de botones en todas sus variedades sino también toda clase de adornos de metal para guarnición de mobiliario y ebanistería, así como para

carruajes. (*Almanak mercantil o guía de comerciantes para el año 1808*. Madrid: Imprenta de Vega y Compañía, 1808, pág. 376). Su significación en el contexto manufacturero de la España de Fernando VII queda bien corroborado con la visita que los soberanos realizaron al establecimiento durante su estancia en Barcelona en 1828 (*Gaceta de Madrid*: 15 de mayo de 1828), pág. 234.

<sup>18</sup>*Memoria de la Junta de Calificación de los productos de la Industria Española remitidos a la exposición pública de 1827 presentada al al Rey Nuestro Señor*. Madrid: Imprenta de D. L. Amarita, 1828, págs. 45-47.

<sup>19</sup>OSSORIO y BERNARD, Manuel. *Galería biográfica de artistas...* Op. cit., pág. 256 y PÉREZ HERNÁNDEZ, Manuel. *Catálogo de Platería*. Museo Carmelitano de Alba de Tormes. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2017, págs. 173-174.

<sup>20</sup>*Catálogo de los productos por el orden que han llegado para la Exposición Pública de este año de 1828*. Madrid: Imprenta de don José del Collado, 1845, págs. 44-45.

<sup>21</sup>La figura de este bronceista ha sido estudiada por NIEVA SOTO, Pilar. “Adornos de plata y bronce en las camas de los Reyes Carlos IV y Fernando VII”. En: RIVAS CARMONA, Jesús (Coord.). *Estudios de Platería*. San Eloy 2007. Murcia: Universidad de Murcia, 2007, págs. 243-260.

<sup>22</sup>MARTÍN, Fernando A. “Celestino Espinosa, platero y tasador de objetos de plata del rey (siglo XIX)”. *Reales Sitios: Revista del Patrimonio Nacional* (Madrid), 79 (1984), págs. 21-28.

<sup>23</sup>Acabó sus días en Barcelona, donde desempeñó, desde 1841 hasta 1861, el cargo de ensayador mayor de la Real Casa de la Moneda de aquella capital (*La España*: 19 de noviembre de 1861, pág. 2).

<sup>24</sup>*El Corresponsal*: 27 de marzo de 1844, pág. 2.

<sup>25</sup>*El Correo*: 30 de mayo de 1831, pág. 2.

<sup>26</sup>*Memoria dirigida al Rey nuestro Señor por la Junta creada por S.M. para calificar los productos de la industria española*. Madrid; Imprenta de José del Collado, 1832, pág. 39.

<sup>27</sup>Seguía activo en 1842 y debió alcanzar cierto renombre, pues la prensa de ese año recoge que en la madrileña calle de Carretas se encontraba a la venta una partida de peinetas de filigrana “hechura y gusto lo más divino” salidas de su obrador (*Diario de Madrid*: 20 de octubre de 1842, pág. 2).

<sup>28</sup>*Memoria de la Junta de Calificación de los productos de la industria española remitidos a la exposición pública de 1831*. Madrid: Imprenta de don José del Collado, 1832, págs. XXI-XXII.

<sup>29</sup>*Diario balear*: 1 de septiembre de 1831, pág. 2.

<sup>30</sup>*El Corresponsal*: 22 de julio de 1841, pág. 2.

<sup>31</sup>MARTÍN, Fernando. A. “Joyereros y diamantistas reales en las colecciones del Patrimonio Nacional”. *Reales Sitios: Revista del Patrimonio Nacional* (Madrid), 71 (1982), págs. 37-44. ARANDA HUETE, Amelia. “Panorama de la joyería española durante el reinado de Isabel II”. *Boletín del Museo e Instituto “Camón Aznar”* (Zaragoza), 68 (1997), págs. 5-24; “Narciso Práxedes Soria”. En: *Dictionnaire International du Bijou*. Paris: Les Editions du Regard, 1998. MARTÍN, Fernando. A. “La ofrenda de Isabel II”. En: *La joyería española de Felipe II a Alfonso XIII*. Madrid: Nerea, 1998, pág. 190.

<sup>32</sup>ALCOLEA, Santiago. “Aportaciones al estudio de la orfebrería en Madrid durante el siglo XIX”. *Revista Iberjoya* (Madrid), 3 (1982), págs. 22-29; ARANDA HUETE, Amelia. “Francisco Moratilla”. En: *Dictionnaire International du Bijou*. Paris: Les Editions du Regard, 1998; PÉREZ SÁNCHEZ, Manuel. “De Londres a París, de Arequipa a La Habana: Francisco Moratilla y la visibilidad internacional de la platería española en el siglo XIX”. En: RIVAS CARMONA, Jesús (Coord.). *Estudios de Platería*. San Eloy 2015. Murcia: Universidad de Murcia, 2015, págs. 403-420.

<sup>33</sup>RÀFOLS, Josep Francesc (Dir.). *Diccionario biográfico de artistas de Cataluña. Desde la época romana hasta nuestros días*. T. II. Barcelona, 1953, pág. 988.

<sup>34</sup>*Semanario Pintoresco Español*: 9 de enero de 1842, pág. 3.

<sup>35</sup>*Exposición pública de los productos de la industria española verificada en el año de 1841 dirigida A.S.A. el Regente del Reino*. Madrid: Imprenta de don Miguel de Burgos, 1842.

<sup>36</sup>Noticias sobre este artífice proporciona DE CEBALLOS-ESCALERA GILA, Alfonso. “De la cruz laureada del Generalísimo Franco: algunas consideraciones y algunas precisiones”. *Revista de Historia Militar* (Madrid), 55 (2011), págs. 219-223. El orfebre falleció el 23 de febrero de 1867 (*La Correspondencia de España*: 23 de febrero de 1874, pág. 4).

<sup>37</sup>*Boletín de Segovia*: 29 de abril de 1845, pág. 1.

<sup>38</sup>*Memoria de la Junta Calificadora de los productos de la Industria Española presentados en la Exposición Pública de 1845*. Madrid: Imprenta de don Francisco Díaz, 1846, pág. 10.

<sup>39</sup>Sobre esta cuestión, que dispone de una amplísima bibliografía, es oportuno remitirse al trabajo de MENÉNDEZ SUÁREZ, Carlos. “La minería en la Sierra de Almagrera y el ferrocarril minero del Barranco Jaroso”. *De Re Metalica* (Madrid), 27 (2016), págs. 1-20.

<sup>40</sup>*Memoria de la Junta calificadora de los productos de la industria española presentados...* Op. cit., págs. 76-77.

<sup>41</sup>*El Archivo Militar*: 22 de enero de 1842, pág. 4.

<sup>42</sup>*Semanario Pintoresco Español*: 13 de julio de 1845, pág. 223.

<sup>43</sup>Con anterioridad tuvo su obrador domiciliado en la calle Mayor de la capital (*Diario de Madrid*: 21 de enero de 1838, pág. 2). En 1852 ya no se ejercitaba en la profesión, pues el mismo expresaba en la prensa que desde unos años atrás venía desarrollando la labor de agente de negocios (*Diario oficial de avisos de Madrid*: 22 de abril de 1852, pág. 4).

<sup>44</sup>*Semanario Pintoresco Español*: 13 de julio de 1845, pág. 224.

<sup>45</sup>*Catálogo General de la sección española publicado por la comisión regia de España*. París: Imprenta General de CH. Lahure, 1867, pág. 168. Datos sobre su biografía y producción en RÀFOLS, Josep Francesc Ràfols (Dir.). *Diccionario biográfico de artistas de Cataluña...* Op. cit., pág. 1211.

<sup>46</sup>Incluyó su lote: “botones de diamantes para señora, alfileres de oro y de diamantes, pulseras, sortijas, portacigarros, puños de bastones, cadenas y pasadores” (“Exposición de la Industria Española en 1845”. En: *Revista de Madrid*. T. VII, Madrid: Imprenta de la Sociedad Literaria y Tipográfica, 1845, pág. 402).

<sup>47</sup>*Catálogo de los productos de la industria española por el orden que han llegado para la exposición pública de este año 1845*. Madrid: Imprenta del colegio de Sordo-mudos y Ciegos, 1845, págs. 21-22.

<sup>48</sup>PÉREZ SÁNCHEZ, Manuel y CAMACHO CÁRDENAS, Enrique. “Pelegrín Estrada y la fábrica de Plata-Estrada del Hospicio de Madrid”. En: RIVAS CARMONA, Jesús y GARCÍA ZAPATA, Ignacio José (Coords.). *Estudios de Platería. San Eloy 2020*. Murcia: Universidad de Murcia, 2020, págs. 261-274.

<sup>49</sup>LARRAÑAGA, Ramiro. “El damasquinado de Eibar”. *Narria: estudios de artes y costumbres populares* (Madrid), 55-56 (1991), págs. 33-38 y BERMEJO DE RUEDA, Leticia. “Eusebio Zuloaga: el primer artista español decimonónico con reputación internacional”. *Sancho el Sabio: revista de cultura e investigación vasca* (Vitoria), 44 (2021), págs. 15-32.

<sup>50</sup>*Semanario Pintoresco Español*: 27 de julio de 1845, pág. 237.

<sup>51</sup>DE LA SAGRA, Ramón. *Carta a Mr. Blanqui, miembro del Instituto Real de Francia y comisionado del Gobierno francés con Mr. Gallaudrouze, para estudiar la exposición de los productos de la industria española*. Madrid: Imprenta de Casimiro Rufino Ruiz, 1845, pág. 27.

<sup>52</sup>Ibídem, pág. 18.

<sup>53</sup>Ibíd., págs. 33-34.

<sup>54</sup>Un buen panorama de los avances que había experimentado la producción de industrias y manufacturas del país en vísperas de esa exposición de 1850 es el que proporciona FERRER Y VALLS, Gerónimo. *Cartas históricas, filosóficas, estadísticas, agrícolas, industriales y mercantiles*. Barcelona: Imprenta de José Torner, 1846, págs. 141-155.